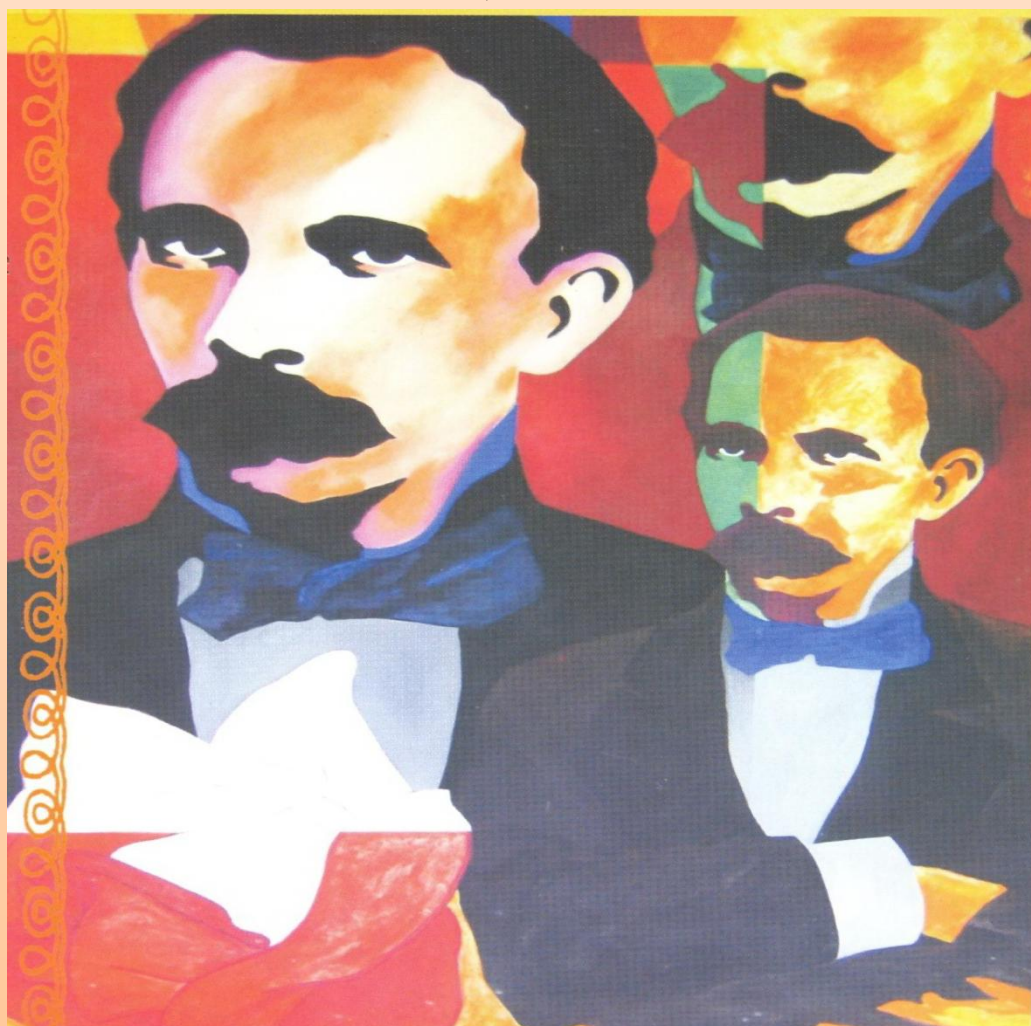


INTERSEDES
REVISTA ELECTRÓNICA DE LAS SEDES
REGIONALES DE LA UNIVERSIDAD DE
COSTA RICA
WWW.INTERSEDES.UCR.AC.CR

ISS 2215-2458
VOL. XI, N°21 (2010)



JOSÉ MARTÍ, AMÉRICA LATINA Y LA EDUCACIÓN SUPERIOR

RAÚL ARIAS LOVILLO

José Martí, América Latina y la educación superior

(Marti, Latin America and the higher education)

*Raúl Arias Lovillo*¹

Recibido: 06.05.11

Aprobado: 06.07.11

Resumen

Se destacan los aportes de José Martí a la utopía de la Patria Grande o la de una América Latina unida. Latinoamérica ha de buscar soluciones originales a sus problemas siempre en diálogo con lo universal, y realizar una gran inversión en educación, investigación y tecnología para elevar la competitividad. La educación superior es herramienta estratégica para promover el desarrollo y ha de ser política de Estado. Las universidades han de vincularse con su entorno social y es urgente su reforma académica para que realicen un significativo aporte a la solución de los problemas planetarios.

Palabras clave: José Martí – Utopía – América Latina - Educación - Estado

Abstract

This text emphasizes the contributions of José Martí to the Patria Grande Utopia. Latin America has to search original solutions to its problems, but keeping in dialogue with universal thought, and has to carry out great investment in education, research and technology in order to increase competitiveness. High education is an strategic tool to promote development and it has to become a State policy. Universities must be linked by strong ties with its social environment and they are urged of an academic reform in order to be in position to make a significant contribution to solve planetary problems.

Key words: José Martí - Utopia - Latin America - Education - State

José Martí, América Latina y la educación superior

1. José Martí y Latinoamérica

Sin duda, la utopía de la Patria Grande —de los llamados Estados Unidos de América Latina o de “Nuestra América”, como prefiera denominársele— encuentra en la figura señera de José Martí uno de sus más grandes promotores y fundadores. Él daría una vida renovada al proyecto continental de Simón Bolívar, pues Martí, al igual que el independentista y prócer venezolano,

¹ Rector de la Universidad Veracruzana, México. Ponencia del VIII Encuentro Internacional de Cátedras Martianas. Octubre, 2010. Sede del Pacífico. Universidad de Costa Rica.

también soñaba con una patria unida desde el río Bravo hasta la Patagonia. Una inmensa comunidad continental amalgamada no sólo por la lengua común y las tradiciones culturales españolas, indígenas y africanas, sino asimismo por ser la resultante de un afortunado proceso de mestizaje, casi único en el mundo de su época, pues en él convivieron —en diferentes regiones de su territorio— los descendientes de pueblos de por lo menos cuatro continentes: América, África, Asia y Europa.

Para nuestro pensador continental, los pueblos ubicados al sur de la América sajona formaban parte de una misma familia, constituían las ramas de un mismo robusto tronco y poseían similar conformación y desarrollo histórico. De ahí que Martí proclamara —a través de vehementes artículos periodísticos, de discursos en que desplegaba su incomparable oratoria y de deslumbrantes y puntuales ensayos— la urgente necesidad de unidad de esta América. Fue en su famoso ensayo “Nuestra América”, publicado originalmente en Nueva York el 1º de enero de 1891, y más tarde reproducido en México el día 30 del mismo mes y año en el periódico *El Partido Liberal*, donde plasmó sus ideas cardinales sobre el proceso histórico del Continente.

En este documento mayor de Martí, que ha sido considerado el manifiesto latinoamericanista por excelencia, se concentran varias de las nociones esenciales de lo que él llamó justamente “Nuestra América” y también “Madre América”. Estas ideas habían venido madurando no sólo a través de sus caudalosas lecturas sino de sus profundas vivencias en la América continental. Las había adquirido lo mismo en México, Guatemala y Venezuela, en donde radicó entre los años de 1875 y 1881, o bien habían sido fruto de su larga y fecunda estancia en los Estados Unidos. Fue en esos años de su vertiginosa y tumultuosa vida cuando alcanzó la diáfana claridad de la identidad propia y acrisolada de la América iberoamericana: entonces asumió la urgencia de afirmar la unidad de sentido y de destino de nuestros pueblos. Fue precisamente en este periodo cuando —frente al vertiginoso ascenso económico y al poderío creciente del Coloso del Norte— Martí hizo un llamamiento a la cohesión de las repúblicas del Sur, y exhortó a cerrar filas y desarrollar un proyecto continental de modernización que recogiera la singularidad latinoamericana. Aquí, por supuesto no se trataba de encerrarse en las particularidades locales o incluso nacionales, debería existir una complementariedad entre lo universal y lo nacional: “injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”, decía con absoluta lucidez y convicción. Y es que no dejaba de advertir que una característica particular de Latinoamérica era su capacidad de apertura y de asimilación de lo extranjero. Un cosmopolitismo que, sin embargo, debía permanecer atento para no caer en la imitación ciega de los modelos foráneos.

Las levitas son todavía de Francia... pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase de esta generación. (*Nuestra América*)

Otra idea capital de José Martí fue la de la unidad indispensable entre nuestras repúblicas. Uno de los problemas centrales para la consolidación económica y la estabilidad política a lo largo del siglo XIX había sido precisamente no sólo la disgregación interna de las mismas sino la falta de unidad entre ellas. Martí escribió aquí al respecto que “es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes”.

En fin, a lo largo de “Nuestra América”, y no sólo a partir de este prodigioso ensayo sino del vivir y actuar cotidiano de Martí, se desprenden magistrales lecciones, lo mismo sobre la especificidad y búsqueda de soluciones propias a nuestros problemas, que sobre la necesidad de reforzar nuestro sentido de unidad fundamental sin que se pierda la conciencia de nuestra riquísima variedad, o sobre el papel protagónico de los humildes de los países sudamericanos —“el verdadero jefe de las revoluciones”—, o acerca de la participación ética —hoy día tan excepcional— en la gestión política.

Dado que la mayoría de nuestros países han marchado en diversos sentidos, y de hecho aún muchos continúan caminando en dirección opuesta a la utopía latinoamericanista martiana, los llamados y las reflexiones expresadas a través de su florido y profundo verbo son hoy más vigentes que nunca. José Martí es un hombre actual, y su pensamiento, su grandeza conceptual, resulta imprescindible en los tiempos presentes. Sus ideas sobre una mayor integración de las diferentes naciones de América Latina son más que necesarias para poder aprovechar todo el potencial que nos da el compartir una tradición común. Hoy resulta fundamental para los latinoamericanos su exhortación a buscar soluciones originales a nuestros problemas, a valorar el capital cultural propio y a —partiendo de nosotros mismos y de nuestra propia historia— crear incesantemente y siempre en diálogo con lo universal. Su adelantada visión y exhorto sobre la necesidad de conocernos más los latinoamericanos en la extrema variedad que poseemos, no sólo es todavía pertinente, sino que hoy es más factible que en el pasado, gracias a las nuevas posibilidades de comunicación desarrolladas. En suma, el latinoamericanismo que a fines del siglo XIX enarboló Martí en su vida y en su obra, continúa siendo una corriente de pensamiento vigente hacia el final de esta primera década del siglo XXI, y es indispensable para revitalizar la vieja utopía latinoamericana, transformándola en una nueva utopía, que nos convoque no sólo a conocernos, a aprender más unos de otros, sino a unirnos y a emprender —más allá de los nacionalismos estrechos— la tarea común de construir una realidad distinta y mejor a la que vive nuestro Continente, marcada por lacerantes

desigualdades a las que, por si fuera poco, se suman inequitativas oportunidades de educación. En realidad, aquí es mejor concluir esta parte con una frase de Martí y con la valoración y comentario que sobre ella hace José Lezama Lima, quien la consideraba la más centelleante y cegadora de las frases del prócer cubano: “Yo vengo de todas partes y hacia todas partes voy”. Sobre la que Lezama Lima afirma: “Ante ese trueno magistral y prolongado, mejor acumular un ensimismado y cauteloso silencio”.

2. Educación superior y distribución social del conocimiento

En el año 2000 el escritor Carlos Fuentes, al recibir en la Universidad Veracruzana el doctorado *Honoris Causa*, destacaba que “no hay progreso sin información, no hay información sin conocimiento, ni conocimiento sin educación”. Este razonamiento de validez universal en un mundo de rapidísimos avances tecnológicos e informativos, reivindica la importancia de la educación en el futuro de cualquier sociedad, particularmente el de las sociedades con menores niveles de desarrollo.

Desde hace varios lustros tiende a ampliarse la brecha entre desarrollo y subdesarrollo, sin duda como resultado mismo del proceso de globalización internacional. En un mundo cada vez más competitivo, el acceso a nuevos conocimientos se convierte en una de las escasas posibilidades de sobrevivencia de las naciones menos desarrolladas. El conocimiento se ha convertido en “la moneda de nuestro tiempo”, quien tiene acceso a los nuevos avances científicos y tecnológicos asegura su permanencia en la globalización. El conocimiento determina, esencialmente, la competitividad de individuos, empresas, regiones y países.

Sabemos que no hay globalización que funcione sin localidad que sirva. Hasta ahora es evidente, salvo la experiencia de Chile y Brasil, que los países de América Latina no tienen una presencia importante en la denominada sociedad del conocimiento y, consecuentemente, en la economía globalizada que se basa en el conocimiento. Esto puede constatarse fácilmente a través de mirar el informe sobre el índice de competitividad por países que publica anualmente el Fórum Económico Mundial. ¿Qué hacer en nuestros países de América Latina para reducir los impactos negativos de la férrea competitividad internacional? La respuesta no es sencilla, pero existen evidencias bien documentadas que permiten subrayar la importancia de la inversión en la formación de capital humano, así como en la investigación científica y tecnológica, como herramientas que contribuyen a elevar la competitividad de las regiones y en los países.

En los países latinoamericanos, con naturales diferencias entre sí, las organizaciones sociales que tienen bajo su responsabilidad la gestión del conocimiento son, precisamente, las universidades. También con variantes diversas, aquélla se desprende del esquema de organización académica, de sus niveles educativos y de la naturaleza de las disciplinas. Como ha venido

sucedido en los últimos años, cuando menos en las más prestigiadas universidades del mundo, la formación tradicional especializada es objeto de un debate profundo. Todo parece indicar que más temprano que tarde, o más tarde que nunca, la gestión del conocimiento en las universidades de América Latina tendrá también reformas profundas. Una definición suficientemente amplia de *gestión del conocimiento* se refiere al conjunto de procesos y sistemas que permiten que el capital intelectual de una organización aumente de forma significativa, mediante la gestión de sus capacidades de resolución de problemas de forma eficiente (en el menor tiempo posible), con el objetivo final de generar ventajas competitivas sostenibles en el tiempo.

Parece claro que el desarrollo de conocimiento se hace con el objetivo de emplearlo en la consecución de ventajas competitivas sostenibles, no simplemente acumulando conocimiento sin aplicarlo. Gestionar el conocimiento viene a ser, entonces, la gestión de todos los activos intangibles (o capital intelectual) que aportan valor a la organización a la hora de conseguir capacidades, o competencias esenciales distintivas. Es por lo tanto un concepto dinámico, que debe moverse en el tiempo mediante evaluaciones y ajustes, para adaptarse a la vertiginosa rapidez con que el conocimiento avanza.

Al respecto, no es sorprendente hablar hoy de cómo el conocimiento se desarrolla vertiginosamente. En un seminario interamericano sobre *Evaluación de la calidad y gestión del cambio*, celebrado en la ciudad de México, James Appleberry comentaba sobre una importante tendencia: el conocimiento de base disciplinar se duplicó por primera vez luego del transcurso de 1750 años; después ocurrió cada 150 años; continuó cada 50 años. En nuestros días se duplica cada 5 años, y la previsión para el año 2020, que está a la vista, es que ocurra cada 73 días. En un ejercicio similar, una agencia de la ONU calculó que hacia 2020 el conocimiento se duplicaría cada 60 días (Appleberry, 1995). Hoy, para la mayoría de las naciones, la educación superior —antes provincia de una élite— es herramienta estratégica indispensable para promover el crecimiento económico. Estados Unidos, por ejemplo, tiene más institutos y universidades, matricula y gradúa a más estudiantes y gasta más en educación avanzada e investigación que cualquier otra nación.

Un grado universitario es un pasaporte indispensable para la economía globalizada del conocimiento del siglo XXI, y un título de una universidad “renombrada” es incomparablemente más valioso que de cualquier categoría menor. Con este fin, año con año, más de medio millón de extranjeros llegan a estudiar a EU. Ante esta compleja, dinámica y globalizada realidad, nuevas necesidades surgen para dar sentido y orientación a las instituciones de educación superior en nuestro país: el financiamiento a las instituciones públicas debe ser suficiente, y asumido como una política de Estado. Se demandan asimismo presupuestos multianuales que permitan desarrollar con

eficacia y eficiencia el ejercicio de planeación y desarrollo de las instituciones, todo lo cual ha de redundar en una mayor calidad y competitividad educativa.

Sin duda la “Declaración Mundial sobre la Educación Superior para el Siglo XXI”, aprobada en París en octubre de 1998, es un hito para la historia de las Instituciones de Educación Superior. Sentó las bases, definiciones, criterios, principios y objetivos que han sido claves en la vida de nuestras instituciones educativas. Pero quizá no llegamos aún a la mitad del camino trazado por aquella histórica Declaración, y en algunos temas de altísima relevancia nuestros avances acaso sean aún más cortos. De modo que una nueva agenda se hace necesaria, la cual deberá incluir por necesidad los temas todavía pendientes, y requerirá, al mismo tiempo, la revisión desde nuestro presente, de las definiciones y principios formulados en 1998, a los que será necesario añadir temáticas y preocupaciones actuales.

Nuevas alianzas entre países y regiones nos esperan, nuevas instituciones internacionales surgirán, las cuales para las universidades también son un reto más. Nuevas formas de producción pronto comenzarán a surgir, nuevos equilibrios globales habrán de alcanzarse, todo lo cual nos obligará a repensar una y otra vez nuestras decisiones en el campo del trabajo académico y en nuestras modalidades de internacionalización. Fuera de EU, sólo países con economías de rápido crecimiento, como China y Singapur, pueden permitirse el lujo de invertir mucho para hacer de sus universidades instituciones de investigación de nivel mundial. En países con crecimiento económico más lento, las universidades dependen cada vez más de fuentes no gubernamentales de financiamiento, sobre todo de ingresos por donaciones.

A fines del siglo XX, el economista Peter Drucker dijo que el modelo de universidad tradicional estaba muerto, y pronosticó que los grandes campus universitarios serían reliquias en 30 años. Alan Blinder, economista de Princeton, pronosticó en el 2006 que cualquier servicio capaz de ser transmitido por un cable —en especial la educación superior— emigrará de las regiones de altos costos a las de bajos costos. Estas ideas de Drucker y Blinder indican que los próximos cambios en la educación superior se parecerán a la experiencia del sector manufacturero en la primera mitad del siglo XX, por ejemplo, en la industria automotriz se pasó de grandes plantas que integraban todos los aspectos de la producción a una constelación de instalaciones fabriles y proveedores independientes dispersos alrededor del planeta.

Un desarrollo similar en la educación superior daría lugar a instituciones de enseñanza radicalmente descentralizadas, consistentes en confederaciones sueltas de campus —y “campus virtuales” electrónicos— en distintos países y regiones. En esta globalización del conocimiento, los

cuerpos docentes no están limitados al campus, ya que el profesorado debe ser un grupo de especialistas internacionales, no sólo preocupados por sus disciplinas sino también por su investigación, las más de las veces multidisciplinares en asociación con investigadores con la misma orientación, esto es factible debido al desarrollo de las tecnologías de información y los intercambios académicos. Con ello habría un cambio de era, se pasaría de la Universidad a, quizá, la Megaversidad Global, aunque esto parece no ser inminente, porque cada nación hace importantes contribuciones financieras a sus universidades residentes y exige a cambio considerables rendimientos, y una universidad global tendría que obtener simultáneamente respaldo financiero consistente y confiable de muchas naciones diferentes.

En fin, es evidente que desde cualquier óptica en que se analice el futuro de los países subdesarrollados, en particular los de nuestra América Latina, una adecuada gestión de los conocimientos resulta ser fundamental. En mi concepto, hoy en día, la gestión del conocimiento, en el ámbito de la educación superior del subcontinente latinoamericano, abarca primordialmente dos grandes capítulos entre los cuales hay una relación compleja; quiero decir, que se trata de una relación con múltiples mediaciones, no de una relación inmediata, lineal o mecánica. Me refiero a la vinculación de las universidades con su entorno social y a la urgente reforma académica de las universidades. En primer lugar, mi posición es que las universidades de América Latina tienen hoy un problema de pertinencia que es necesario cuidar continuamente. La educación superior debe ser una palanca del desarrollo socioeconómico de su entorno, pero no puede hacerlo sin pensar globalmente; vale decir, es preciso que todos estemos atentos a los grandes y a los pequeños cambios que se den en la esfera de la educación superior donde quiera que ellos ocurran, y asociarnos de mil maneras al interior de nuestros países, porque ahí encontraremos las mejores claves y las mayores sinergias para ser más eficientes en nuestras tareas.

El compromiso de las universidades es colaborar a construir una sociedad del conocimiento vinculada a los problemas reales de nuestras naciones; una sociedad con capacidad para generar, apropiarse, y utilizar conocimiento para atender las necesidades de su desarrollo y así construir su propio futuro, convirtiendo la creación y transferencia del conocimiento en herramienta de la sociedad para su propio beneficio. Esto es: convertir el conocimiento en factor crítico para el desarrollo productivo y social, y fortalecer los procesos de aprendizaje social como medio de asegurar la apropiación social del conocimiento y su transformación en resultados útiles, tarea en la que la educación juega el papel central. En consecuencia, el primero de los dos grandes capítulos a los que me refiero tiene que ver con el espacio socioeconómico de nuestros días, inmerso en la globalización. En el corto plazo, lo que tenemos enfrente es la mayor crisis económica que haya

sufrido la sociedad de mercado desde 1929. Y a pesar de su gravedad, la educación superior tiene que hacerse cargo del entendimiento, de la comprensión, no sólo de lo que ocurre en nuestros días, sino, más importante aún, de lo que ha de ocurrir dentro de unos lustros, es decir, tratar de mirar a largo plazo, tiempo en el que podemos hablar del desarrollo.

Adicionalmente, la crisis no cancelará la globalización, aunque seguramente cambiará muchas formas actuales de su operación. Tenemos frente a nosotros problemas como los del impacto del cambio climático; la arquitectura y reglas del sistema financiero internacional; los problemas de las crecientes migraciones masivas, si no logramos arraigar el desarrollo en los países de origen de los migrantes; los problemas de la energía, y muchos otros que atañen al conjunto del planeta. Por tanto, no puede haber una gestión del conocimiento que no se haga cargo del desarrollo socioeconómico y cultural del entorno en el que una universidad opera, es decir, que no realice, al mismo tiempo —conscientemente y en la medida de sus posibilidades— su aporte a la solución de los problemas planetarios. En conclusión, ninguna reflexión sobre la gestión del conocimiento puede hacer a un lado esas realidades: la profundidad de la crisis de nuestros días; la necesidad de un desarrollo menos desequilibrado en el largo plazo para el conjunto del planeta; los problemas involucrados en ello, como el cambio climático y la rápida desaparición de la biodiversidad de especies animales y vegetales, la brecha de desigualdades socioeconómicas en la sociedad planetaria que, entre otros muchos problemas, no pueden resolverse sino a través del conocimiento, es decir, la materia prima de las universidades.

La gestión del conocimiento es entonces —y este es el segundo capítulo de nuestra reflexión— la gestión de la reforma de las universidades. La gestión del conocimiento actual está adaptada a un modelo pedagógico donde predomina una formación profesional rígida, memorística, centrada en el profesor, en la que cada disciplina ignora lo que ocurre en las demás. ¿Cómo debemos formar en una época de problemas de magnitud como a los que he aludido en líneas anteriores? ¿Cómo debemos formar en una época en la que el conocimiento se desarrolla vertiginosamente? Una forma de plantear el problema es como sigue: las universidades han estado dedicadas a impartir conocimientos en lugar de producir aprendizajes efectivos, pertinentes y verificables, quiero decir, vinculados directamente con los problemas nacionales y regionales, mediante la adquisición por los estudiantes de competencias en las que estén simultáneamente involucrados, además de los contenidos disciplinares, el pensamiento complejo y las nuevas tecnologías. No se trata más de dar información del conocimiento acumulado a los estudiantes, sino de hacer que ellos adquieran las herramientas más poderosas para que, por sí mismos, se apropien del conocimiento que avanza sin pausa.

No es fácil que los profesores lleven a cabo esta transformación que implica la inversión de la relación entre el profesor y los estudiantes, lo que los haría egresados innovadores que por sí solos den seguimiento a un avance del conocimiento que lleva consigo la velocidad referida. Pero no es imposible, algunas universidades han empezado el camino de la reforma en la dirección de lograr la innovación efectiva en los procesos educativos para formar estudiantes innovadores. Me parece que a la luz de estos argumentos, resulta claro que la gestión del conocimiento consiste en la gestión de la reforma de la educación superior, como decía anteriormente. Es preciso, antes que nada, invertir en los hechos el modelo pedagógico, y hacer realidad lo que se ha repetido por lustros: que la educación debe estar centrada en el aprendizaje y no en la enseñanza.

Un vez que se ha avanzado en la transformación efectiva del modelo pedagógico, puede entonces darse paso con amplísima libertad a la construcción de los currículos más diversos y más apegados a los problemas del entorno. Los títulos universitarios tradicionales en los que nos formamos, poco a poco, irán cambiando por una estructura de formación, en la que predominen los doctorados tempranos. Nos iremos acercando así a una organización de la enseñanza y de la investigación que se parecen poco a las realidades de nuestras universidades de hoy en día.

Referencias bibliográficas

Appleberry, J. (1995), *Major trends influencing higher education*, México, Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES).